

Borriones de la historia patria

«...Si se prolonga el estado actual de indefensión en que vivimos, podemos estar ciertos de que se añadirá un nuevo borrón a la triste historia de la isla de Menorca...»

H.

TOMAMOS esta afirmación de un artículo inserto en «La Correspondencia Militar» del 21 de abril del corriente año, titulado *En el Mediterráneo Occidental. La defensa de los intereses hispanos*, firmado por H. Como siempre que se trata del mar limitado por las costas de España, Francia, Italia y el Norte de Africa, mar que ha ejercido en todas épocas una influencia decisiva en los destinos de nuestra patria, resalta la importancia militar de Menorca, por su situación central en dicho mar y por las condiciones del puerto de Mahón. El articulista razona y demuestra la necesidad en que estamos de poner en completo estado de defensa esta plaza y la de Cartagena, únicas bases navales que poseemos en el Mediterráneo.

Por aquellos días precisamente el ilustrado Comandante de Artillería D. José Cotrina Ferrer, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y Bibliotecario del Ateneo de Mahón, leyó en este centro de cultura la monografía, de que es autor, *El desastre de 1798 (Pérdida de la isla de Menorca)* que, según tenemos entendido, se publicará en el «Memorial de Artillería». Es un interesante trabajo, bien documentado, que ha podido desarrollar el Sr. Cotrina gracias a sus investigaciones y descubrimientos en los archivos de esta ciudad, y que aclara y detalla un triste episodio de la historia patria, en el que ningún historiador hasta, ahora se había detenido ni tratado de deshacer la nebulosa en que se hallaba envuelto.

En esta monografía se estudia el estado de indefensión de Menorca, cuando tomó el mando de ella en 1797 el brigadier D. Juan Nepomuceno Quesada, explicándose las causas que motivaron la bochornosa pérdida de la Isla, ocupada por tercera vez por los ingleses el siguiente año. Ya en 1784 el ilustre Conde de Cifuentes, Gobernador de Menorca y Capitán General de Baleares, daba cuenta al Gobierno de S. M. de aquel estado de indefensión, añadiendo: «...por lo que nunca será responsable el que mandé por las ocurrencias que puedan suceder, como lo tengo manifestado a V. E. en oficios repetidos». Y en efecto, Carlos IV reconoció, después de muerto el desgraciado brigadier Quesada, al autorizar la sentencia recaída en el proceso por la pérdida de Menorca, que las circunstancias habían impedido tener en esta isla las fuerzas necesarias para su defensa. El trabajo del Sr. Cotrina contribuirá a deshacer el error generalmente extendido de cargar al Gobernador toda la culpa del desastre.

De lo ocurrido en 1798 deberían deducirse útiles enseñanzas, que pueden obtenerse leyendo la monografía del señor Cotrina. Si no se tienen en cuenta, la triste predicción del escritor *H* será una realidad un día u otro, no lo dudemos; y entonces tendrá que reconocer otra vez el Gobierno que no se han puesto en manos del Gobernador Militar todas las fuerzas y elementos necesarios para la defensa.

Los borriones que sobre nuestra historia ha producido la indefensión de la balear menor, los enumera el «Resumen histórico» del *Estudio Militar de Menorca* por el coronel don Mariano Pena y el teniente coronel don Gualterio M. Seco, trabajo que se publicó en el *Memorial de Artillería* a fines del pasado siglo.

Según él, todas las invasiones piráticas de los moros en la Isla fueron llevadas a feliz término, excepto tres verificadas por pequeños contingentes. Las 17 invasiones realizadas por distintos pueblos tuvieron todas buen éxito; fueron honrosas las tres defensas realizadas con tropas extrañas y consistentes; las otras catorce resultaron bochornosas.

«Pero sobre lo que más llamamos la atención del público militar, es sobre el cúmulo de terribles sentencias judiciales recaídas contra los encargados de la defensa de la Isla en todas las épocas, no encontrándose en el mundo otro país en que sobre gobernantes y sobre combatientes hayan llovido tan numerosas desgracias y tan inmensas ignominias.»

Esto dice el aludido trabajo; y desde entonces acá se ha repetido hasta la saciedad y se ha hecho ver en numerosos informes y estudios debidos a comisiones y juntas oficiales y a militares de todas categorías, la exposición en que siempre estamos de que en Menorca se pueda añadir un nuevo borrón a nuestra historia patria, sin que haya habido una voluntad enérgica y decidida, voluntad individual o colectiva, que se propusiera y lograra mantener la isla en condiciones de poder evitar otra bochornosa pérdida.

Y no es que ello sea imposible, ni mucho menos. Lo que ha hecho Inglaterra con la isla de Malta, podría hacerlo más fácilmente España con la de Menorca. Se intentó fortificarla convenientemente a mediados del siglo pasado, pero se fué desarrollando con tanta lentitud el plan acordado, si es que hubo plan completo alguna vez, que sin terminarlo nunca, han llegado a quedarse las fortificaciones y artillado tan anticuados que no pueden inspirar la menor confianza.

También en 1904 se aumentó algo la guarnición y se pretendió organizar el mando en forma más apropiada a la realidad en caso de guerra; pero tampoco consiguió este proyecto su desarrollo completo; y posteriormente se han ido cercenando por el Ministerio de la Guerra elementos y disminuyendo fuerzas, siendo Menorca la única región de España que por las reformas de 1918 ha visto disminuida su guarnición, haciéndose caso omiso de los informes y estudios realizados.

No se vislumbra la probabilidad de que dicho Ministerio intente por ahora tener en la Isla ni las fuerzas móviles necesarias para su defensa, ni las baterías fijas convenientes; debería empezarse por variar radicalmente la organización mili-

tar terrestre y marítima de las Baleares. Las comisiones y juntas que de nuevo puedan crearse, los estudios que se lleven a cabo y los proyectos que se elaboren, serán en las condiciones actuales de tan inútil resultado práctico como han sido hasta ahora todos los anteriores.

Sería un gran inconveniente, si la Isla se viera de nuevo atacada, que los elementos de defensa existentes continuaran distribuidos entre dos mandos, sin compenetración ni conexión de ninguna clase hasta el momento crítico, y dependiendo de lejanas autoridades superiores residentes en sitios distintos, Palma y Cartagena, sin que entre ellos exista tampoco conexión ninguna.

Puede asegurarse que el atacante tendría el mismo resultado favorable que han tenido todas las invasiones sufridas hasta ahora. Este pesimismo ha de dominar forzosamente a cuantos en estas condiciones estén encargados de defender la Isla.

Para evitar que Menorca dé motivo a otro borrón en la historia patria, mucho puede hacer la Marina, que parece ha tomado ahora con interés la Base Naval de Mahón, si continúa desarrollando y completando su plan con la actividad impresa en los cuatro primeros años, a partir de 1916 en que empezaron las obras.

El Capitán de Corbeta D. Pedro M.^a Cardona esboza los servicios y elementos que debe comprender la defensa de una base naval, tomándolos de las enseñanzas que la última guerra produjo en Francia, obligada a adoptar una organización muy parecida a la de los puertos militares alemanes. Estos servicios comprenden: (*)

Exploración.—Servicio aeronáutico de aerostación con dirigibles, globos cautivos e hidroaviones.

Fuerzas sutiles marítimas. Submarinos, *destroyers*, *vettes* y pesqueros afectos al servicio.

Semáforos, vigías, etc.

(*) «Revista General de Marina», octubre 1920.

Escuchas submarinas (microtelefónicas y acústicas).

Escuchas aéreas. Cohetes y proyectiles de iluminación.

Instalación fotoeléctrica antiaérea y marítima.

Comunicaciones inalámbricas y alámbricas costeras.

Defensas activas.—Baterías antiaéreas contra el servicio aeronáutico naval del enemigo.

Baterías de grueso calibre con su instalación de dirección y control de tiro, según se usa en los buques, con más los elementos de determinación que la tierra permite.

Baterías de pequeño calibre contra las fuerzas sutiles.

Baterías de torpedos automóviles y dirigibles.

Minas ofensivas, granadas contra submarinos.

Fuerzas aéreas torpederas.

Fuerzas aéreas para la regulación del tiro de las baterías.

Fuerzas navales y aéreas asignadas a la defensa.

Defensas pasivas.—Barreras de minas fijas contra buques superficiales y submarinos.

Líneas de torpedos de observación.

Servicio de radiogonometría.

Servicio de valizado.

Cables de ariadna (sumergidos y sometidos a corriente de alta frecuencia).

Obstrucciones superficiales.

Tren de dragado de minas.

Obstrucciones contra submarinos.

Redes contra torpedos automóviles y contra minas sumergidas a la deriva.

Tan numerosos elementos, dirigidos todos a un mismo fin, exigen unidad en el mando superior, y para el caso (difícil si estuviesen en Menorca completos y bien mandados) de que no logren evitar que el enemigo tome tierra, es evidente también la necesidad de que existan en la Isla fuerzas móviles suficientes para batir a las desembarcadas.

Estas fuerzas y la construcción y servicio de las baterías fijas han de depender de Guerra; todo lo demás, incluso el ser-

vicio areonáutico, ha de estar a cargo de la Marina. Pero si aquel Ministerio no dota a la Isla de las fuerzas y baterías necesarias, puede hacerlo también el de Marina, pues mejor es que lo tome todo a su cargo a dejar las defensas incompletas por falta de acuerdo y compenetración entre ambos ramos.

Esta falta de compenetración es hoy tan absoluta que no se ha visto aun, en ningún documento oficial, que el Ministerio de la Guerra reconozca la existencia de la Base Naval de Mahón, cuando en dicha existencia debería basarse toda la organización militar de la Isla y cuanto en ella ha de mantener el citado Ministerio.

Mucho, muchísimo le falta aun a la Marina para poder garantizar la conservación de Menorca, y entre ello, elementos de tan gran importancia y tan esenciales como los buques de todas clases, el dique y el servicio aeronáutico que ha de constituir una estación de primer orden, a fin de que desde la Base Naval de Mahón puedan salir aeronaves, con suficiente radio de acción y potencia de bombardeo, para llegar con eficacia a las bases navales que la rodean: Tolón, Spezzia, La Maddalena, Malta, Bizerta y Gibraltar.

Sin estos elementos, sin las baterías fijas necesarias y sin fuerzas móviles suficientes, cuanto hasta ahora se ha gastado en Menorca para su defensa y cuantos elementos militares en ella se sostienen, será perdido y no evitará en caso de ataque por cualquier potencia de mediana fuerza militar, que tan codiciada isla sea causa de un nuevo borrón en nuestra historia.

Veán pues las entidades y personas que tienen el deber de evitarlo, si es ya hora de completar de una vez la defensa de Menorca con todo lo necesario, o si hemos de seguir un siglo más (si en su transcurso no la volvemos a perder) gastando en ella mucho dinero de continuo, pero en forma parcial que no permite asegurar una posesión garantizada, y sin que exista la indispensable conexión entre los dos ramos encargados de dicha defensa.

Antonio Victory.

Lletres a una mare mahonesa

De Psicologia i Folklore

IV

Jocs d' infants i d' adolescents

(CONTINUACIÓ) (*)

En tot i amb açò, no hem parlat encara que de jocs d' atlots. ¿És que ses atlotes no necessiten igualment jugar? Aqueixes diferències potser no les ha tractades ningú tan gràficament com ne Spencer en son llibre sobre s' educació intel·lectual, moral i física.

«Baix de ses nostres finestres—diu—hi ha dos col·legis: un d' atlots; s' altre, d' atlotes; espaordint lo contrast entre ells. En es primer, la major part d' un gran jardí s' és convertida en camp descobert i arenós, proporcionat per jocs de tota mena, abundant-hi estaques i barres per els exercicis gimnàs-tics. Tots els dies, abans d' es berenar, a les onze, a migdia, es capvespre després de ses lliçons, ensordeix es veïnatge un chor de crits i de rialles, preludi dels salts i corregudes... ¡Quina diferència en es segon col·legi! Fins que mos ho digueren no varem saber que estiguéssim tan prop d' *un establiment d' educació de senyoretas*. Es jardí, tant espaiós com s' altre, no ofereix cap facilitat pels entreteniments propis de se joventut: parterres de flors, rengleres d' arbres, bosquets i pasteretes d' arbustos, com els jardins ordinaris. Durant cinc mesos no hi hem sentit ni un crit, ni una rialla. Alguna vegada es veu a ses jovenetes caminant a poc poc, llibre en mà, o de passeig dant-se es bras. En una sola ocasió n' hem vist una

(*) Véase pág. 129.

de joveneta que corria darrera una altra encalçant-se. Fora potser de dita excepció, no hem notat que 's dedicassin mai a cap exercici violent.»

«¿Per a quin motiu tan sorprenent diferència? ¿És que se constitució de ses famelles difereix tan essencialment de se dels atlots que no tenen necessitat d'aqueixos exercicis actius? ¿Per cas ses atlotes no participen dels gusts que impulsen als atlots an els jocs bulliciosos? ¿O bé hem de creure que mentre se naturalesa ha donat aqueixos gusts als jovenets, com estímuls a una activitat necessària per desenrotllar-se, a llurs germanes solament les hi fa sentir per que serveixin d'enuig a ses directores de col·legi?... Sospitam que aquestes persones duen per sistema que no és convenient produir en ses joves un físic robust; que se salut forta i un gran vigor són qualitats plebees; que certa delicadura, un màxim entrenement, calculat per passejades d'una o dues milles, i una curta apetència fàcilment satisfeta, plegat tot açò amb una timidesa acompanyant de se debilitat, se consideren qualitats més pròpies de ses senyoretetes...»

Així parlava ne Spencer (savi entre els savis de son temps) l'any 1861 a l'Anglaterra!

Hi ha trenca d'això a lo que legislà Licúrg per ses donzelles de Lacedemònia, son poble:

«Como tenía por la mayor y más preciosa función del legislador el cuidado de la educación, tomándole de lejos, atendía como uno de los primeros objetos al matrimonio y a la procreación de los hijos; pues que no se dió luego por vencido en la empresa de hacer contenidas a las mujeres, como quiere Aristóteles, por no poder remediar la relajación e imperio de aquéllas, a causa de que estando los hombres continuamente en el ejército, tenían que dejarlas dueñas de todo, y que contemplarlas por lo mismo y llamarlas señoras; sino que también hizo en este punto lo que pudo. Ejercitó los cuerpos de las doncellas en correr, luchar, arrojar el disco y tirar con el arco, para que el arraigo de los hijos, tomando principio en

unos cuerpos robustos, brotase con más fuerza; y llevando ellas los partos con vigor, estuviesen dispuestas para aguantar alegre y fácilmente los dolores. Removiendo, por otra parte, el regalo, el estarse a la sombra y toda delicadeza femenil, acostumbró a las doncellas a presentarse desnudas igualmente que los mancebos en sus reuniones, y a bailar así y cantar en ciertos sacrificios en presencia y a la vista de éstos... Y en esta desnudez de las doncellas nada había de deshonesto, porque la acompañaba el pudor y estaba lejos toda lascivia, y lo que producía era una costumbre sin inconveniente, y el deseo de tener buen cuerpo; tomando con lo femenino cierto gusto de un orgullo ingénuo, viendo que se las admitía a la parte en la virtud y en el deseo de gloria: así, a ellas era a quienes estaba bien el hablar y pensar como de Gorgo, mujer de Leónidas, se refiere; porque diciéndole, a lo que parece, una forastera: ¿Cómo vosotras solas las Espartanas domináis a los hombres?—También nosotras solas—le respondió—parimos hombres.»

«Estas mismas cosas preparaban los casamientos: hablo de las reuniones de las doncellas, del presentarse desnudas y de sus combates en presencia de los jóvenes, que eran atraídos por una necesidad, no geométrica, sino amorosa, como dice Platón (*) ...»

No vos alarmeu, senyora. Per més que al dia d' avui hi ha bastant afició a anar lleugeretes de roba, no ho pretenguem que ses donzelles se presentin nues an els jocs i balls públics. Cada època i cada poble tenen llurs modalitats. Qui 's proposi ressuscitar-les o introduir ses exòtiques, lluitarà vanament contra se brutal realitat, més poderosa qu' es voler dels governants, com succeí a Juliano l' Apòstata quan intentà restablir ses processions bàquiques, segons s' anomenada novel·la d' en Merejkowsky. (**)

(*) Plutarco—*Vidas paralelas* (de los hombres ilustres). Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.

(**) *La muerte de los dioses*.—Traducción y Prólogo de Luis Morote.

En públic, no.—No hi crec demés amb es sentiment estètic de se nostra època i d' es nostro poble. Però en se vida individual íntima... pensau amb se púdica sublim bellesa d' Arsinoe tirant es disc o ses fletxes amb arc, dins un *efebbron* d' Atenes. ¡Com, després de tal inefable visió, no havia de somniar l' emperador Juliano amb lo ressorgiment de la Helada! (*)

Se donzella que té por o escrúpol de son propi cos, renuncia a contribuir a se bellesa plástica; pitjor encara, sol pecar de falta d' higiene.

Res té que fer açò amb s' impudícia, quan es poble no está pervertit. Tal volta, podriem més veritablement afirmar lo contrari. Hi ha nudeses pudoroses, com hi ha vestimentes impúdiques. N' Anatol France, d' exquisida observació psicològica, ho pinta de mà mestra a *L' île des pingouins*: ninguns, homos i dones (ex-pingüins) no ho eren de luxuriosos, mentre anaren amb completa nudesa; el diable se 'n va tèmer; pren se forma d' es monjo *Magis* per enganyar a *Sant Maël*, imaginari apòstol d' aquella terra; i vest una ex-pingüina tapant-li elegantment amb ses robes llurs formes defectuoses, de manera que sols mostrés fins es turmell d' un peu calçat amb airosa sandàlia. Bé ho veren els ex-pingüins que era una fembra com qualsevol altra; però tots li feren la cort, corrent-li darrera per descobrir lo amagat; i sobrevingué es contagi.

I per a qui digui que això es novel·la, citaré un cas històric,

(*) «Por instinto y por egoismo, y hasta por gusto, hemos de tender a ser bellos. El desprecio del cuerpo fué error de otras épocas. El horror a la hermosura y a la armonía fué apreciación morbosa de gentes y de tiempos que tradujeron mal los ideales cristianos.—La Belleza es hoy compañera de la Verdad y de la Bondad. La Belleza es un factor importantísimo de educación moral y de paz social. La Belleza humana, reflejo de la de Dios, debe ser amada y procurada por los hombres.—Constituyen la belleza humana, aparte de la hermosura moral e intelectual, tres elementos: la fisonomía, la proporción del cuerpo y la gracia en los movimientos.—El aspecto fisonómico se hereda. Imposible cambiarlo, a no ser por medios antinaturales. Pero tampoco es preciso, porque de todos los elementos de belleza es el menos importante, aun cuando generalmente se crea lo contrario.—La belleza la constituyen principalmente el buen desarrollo del cuerpo y la proporción exacta entre sus partes.»

ben recent: En es centre de l'Àfrica hi ha una tribu instal·lada a la vora d'una estació d'es nou ferrocarril d'Uganda; homos i dones van completament nus, i en lo demás són gent pacífica, civilitzable; els europeus tractaren de catequitzar-los per que bonament es vestissin; però ells hi posaren resistència ferma i amb gran desconsol digueren qu' es vestir-se els feria caure amb s' incontinència.

És qüestió d'hàbits, potser més arrelats per llei d'herència que per s'educació mateixa, registrant-se casos molt interessants i instructius. A se revista *Patriotisme—Colonisation*, dels dos Reclus i altres sociòlegs (any 1903) hi vaig llegir, entre altres, es següent: Miss Kate, procedent d'una tribu australiana, fou educada a l'europea per institutriu; era excel·lent donzella, estimada per tothom a se Colònia; però es dia més impensat desapareix, per nostàlgia de se vida salvatge, i en sa fuita va deixant pes camí, com a rastre, ses botines, ses calces, els vestits, es gipó i per final se camisa...

¿Quins són els millors hàbits per profit d'es cos i de s'ànima? Ve't aquí lo interessant per s'individu i per se col·lectivitat.

Ses cavil·lacions melindroses i ses modes absurdes i lascives és lo que convé combatre. No hi ha encara, ni de tros, un quart de sigle qu' els homos se tornaven com aquells *pingüins* per veure es peu i un trocet de cama a ses joves. ¿Hem perdut amb moralitat canviant de moda? Se moralitat pública i privada no dependeix, certament, de se llargària i se fona dels vestits.

Però em parlarem d'açò més envant. (*) Per ara basta fer

(*) Aquests dies m'han donat a llegir un enginyós article de se revista de Paris, *Le Miroir des Modes* (març, 1921). Diu en substància que ses grosses follies vénen després dels grans cataclismes socials, i compara ses extravagàncies Indumentàries d'avui amb ses que sorgiren durant es Directori, a rel d'es terror de se Revolució francesa. Posades mesions a un ball del gran món de que no pesava dues lliures se *toilette* d'una dama de se més alta prosàpia, i negant-ho s'interessada, s'acudí a se balança, resultant es pes total d'una lliura, comprenent-hi ses joies i els camafeus amb or. Segons els metges d'aquella època, moltes senyores i senyoretetes emmalaltiren i varen morir, causa de no estar llurs carns avesades a tanta transparència.

constar que, segons tots els moderns pedagogs, convé a ses jovenetes una indumentària que no les dificulti es jugar. Amb bon acord, es Manual Soler avant citat du en làmines els dos extrems: una joveneta luxosa i una altra de senzilla; ambdues a punt de jugar. Se primera dóna una impressió de tristor; se senzilla la dóna d'alegria.

I ara, per acabar aquesta carta que també em surt molt extensa, ajudau-me a passar revista an els jocs d'atletes que 's juguen o es són jugats aquí de temps nostro, a veure si entre ells n'hi ha algun de recomenable.

No 's necessitaria cervell d'alemany per catalogar-los prenent per norma s'edat de ses jugadores, perque amb açò, com amb mentes coses, ses atletes se crien més llemeneres que no els atlots.

Per de prompte, deix de costat els jocs en que solament hi ha paraules, sens acció, els més apreciats per ses jovenetes que ja donegen. Aquests los consider nocius tots, perque afegeixen an es surmenatge de s'intel·ligència i contribueixen a fer encara més sedentària se vida de ses pobres criatures.

N'hi ha un de joc que 'm sembla convenient per quan els infants comencen a caminar amb un poc de seguretat. S'agafen de ses mans en renglera (figurant-hi entre ells alguna majoreta) i caminen tots de front cantant: «Ansa per ansa, figures i panses, nous i castanyes, dins un paneret, *requeitequetec*», i an es moment de cantar aquest darrer mot, s'asseuen tots damunt els talons o cauen de cul en terra. S'aixequen, i volta a començar fins que 's cansen. Així s'ensenyen els infants a aguantar s'equilibri o a caure, si el perden, sense plorar. Se tonada té molta importància per dar-los coratge, com an els soldats a la guerra—un dels efectes psicològics de se música damunt se naturalesa humana. (*Gramática Musical*, por Juan B.^{ta} Roca y Bisbal—Barcelona, 1837).

Un altre joc per s'estil de s'explicat es diu *La bulangera*. Igualment mans agafades, els infants saltant i rodant canten: «La bulangera 'n té un colom, qui ses ales són de plom, l'hem

tancat dins se pastera, ve 't aquí la bulangerera»; i es tiren en terra a se darrera paraula, aixecant-se així com poden i repetint sempre lo mateix.

També an es joc que 's diu *Sant Joan de les cadenilles* s' agafen ses mans, però aquest ès ja per atlotetes crescudes. Posades en renglera, amb els braços ben estirats, canta se d' es cap que comanda es joc: «Sant Joan de les cadenilles»; i respon se de s' altre extrem: «Que mana senyô»; continuant amb es següent diàleg: «¿Quants de pams hi ha en l' aigua?—Vint-i-un cadenó.—¿Per on passa aquest senyô?—Per devall ne... (es nom d' una de ses jugadores) foradada.—¿Amb a quin so?—Amb so de (tambor, de trompeta o de s' instrument que 's vulgui)». Aleshores, fent totes es so amb sa veu, van passant per davall els braços de se fulana nomenada abans i llur veïna, que ès se d' es cap, de manera que quan han passat queda aquella girada al revés, amb els braços creuats; i aixis segueixen fins a quedar tothom, manco els extrems, amb igual posició. Molt m' agrada aquest joc—condemnat més d' una vegada per groller—perque les hi desperta s' instint d' estiregassar-se, fins a posar a prova se resistència dels braços i rompre se cadena que ès son final.

Fogasseta da 'm pa ès es joc dels quatre cantons. Se jugadora qui para va de cantó en cantó demanant: «Fogasseta da 'm pa»; i li responen: «Vés allà que n' hi ha». Mentrestant ses jugadores se fan senya, una a s' altra, i corrents baraten de cantó; però es queda parant se qui pert son lloc, per arribar-hi primer se que parava,

I *la vella sorda* ès es joc de la gallina cega que se juga, o es jugava, a se Península, França i altres països.—«Vella sorda, ¿què cercau?» Respon se qui para, ulls tapats amb un mocador: «Una agulla i un didal.—Grossa o petita?—Grossa (o petita)—Idò, cercau, cercau!» I para se jugadora fins que aconseguix agafar-ne una altra.

Afegiu an els anomenats es cercol (aro), s' engronxador o columpi (quan hi ha ocasió), el *diabolo*, introduït des de fa

anys, i es juli (la comba) que se juga molt i molt bé, saltant dues i tres jugadores amb se mateixa corda, i pens que queda espigolat es camp útil dels nostros jocs per atlotes. *

Perque tot el demés val poca cosa en punt a moviment. Ja ho diu bé en Fransesch d'Albranca (obra folklòrica citada—1.^a part, pàg. 231): *jocs infantils de calcular*. Basta es rètol per no recomenar-los, tractant-se d'atlotes que van a costura o an es col·legi. Si de ver calculen, malament; si ho canten de memòria com els lloros, pitjor. De totes maneres ho paga es cervell.

No pes moviment, que 'n tenen molt poc, sinó per esmussar se sensitivitat exagerada dels psiquismes femenins, deurien de conservar-se els jocs de càstig, dels quals tenc a la memòria els tres següents: *Poma pera—Escarabat bum bum—Tim tam*.—Pes primer, es seuen en terrà ses jugadores, formant rotl·lo; una canta: «Poma pera, la de vera, la terrola, la mundola, puticera, qui fa foc a se caldera, pum floc; amaga es peu, si no te 'l toc». Mentres canta, a cada mot va assenyalant per ordre als peus de totes ses assegudes, i quan diu se darrera paraula, pega un toc an es peu que correspon, si no ès llest d'amagar-se.—Es segon comença agrupant-se ses jugadores i posant totes els punys un damunt s'altre, com si fessin una torre. Se qui fa cap va tocant els punys, un després s'altre, i tenint es següent diàleg amb cada jugadora: «Caixeta caixó ¿què hi ha aquí dins?—Or i argent.—¿Qui li ha posat?—Es fill del rei.—Per ahont va?—Per la mà.—Per ahont vola?—Per la Mola.—Per ahont ix?—Per un forat de guix». Seguidament, es posen també en rotl·lo i van fent es molinet amb els braços, mans tancades, mentre canta tothom: «Escarabat bum bum, escarabat bum bum, qui primer riurá, una bufetada se 'n durá»; i qui primer riu, se l'en du.—I en es tercer joc, assegudes ses jugadores, se qui para es posa ajupida, amb se cara damunt se falda d'una altra qui li pega per s'esquena mentre va cantant: «Tim tam, de la guerra dam, estisoretas, bon punxó, ull de bou, mà plana, pota d'ase, tallador, ¿què

vols?», i amb se mateixa mà li fa damunt s' esquena, a sa voluntat, es signe de estisores, punxó, ull, etz.: si no ho endevina se qui para, es repeteix se funció, començant amb se paraula no endevinada, per exemple: «*Estisorettes* haguessis dit, de pena hauries eixit, tim tam, de la guerra dam, etz.»

Veurem si se moda dels deportes ha tractat millor lo vostro sexe en aquesta illa.

Pere Ballester

(Continuará)



Notas sobre Radiotelegrafía

El Radiogoniómetro y las estaciones radiogoniométricas

PRÓXIMO a instalarse en esta Isla una estación Radiogoniométrica, existe por parte de bastantes personas un gran interés en adquirir una idea o concepto sencillo sobre el objeto, empleo y constitución de dichas estaciones; y para satisfacer esos naturales anhelos, sin tener la presunción ni el atrevimiento de dirigirme a quienes por sus conocimientos de la materia pueden ser mis maestros, es por lo que me he propuesto hilvanar estos párrafos, desprovistos de todo ropaje científico, para hacerlos más asequibles a la mayoría.

Como tantos otros perfeccionamientos de la telegrafía sin hilos, el *radiogoniómetro* o *indicador de dirección* surgió en la Gran Guerra para satisfacer a necesidades importantes en alto grado y a las que era forzoso proveer. Agotados todos los medios eficaces para oponerse, por radiaciones de ondas en determinadas condiciones, a las comunicaciones inalámbricas del enemigo y llevado a un grado insuperable de dificultad la traducción de los despachos cifrados que se inter-

ceptaban, sólo restaba el recurso de localizar la posición de las estaciones contrarias y por ende determinar sus movimientos que eran consiguientes con los de los cuarteles generales a que estaban agregadas. Esta necesidad y la de guiar a los aeroplanos amigos en sus incursiones dentro del país contrario, plantearon el problema de la determinación del lugar que ocupaba una determinada estación cuyas señales se hacían perceptibles en los teléfonos de otras colocadas dentro de su radio de acción.

Se trataba, en suma, de hallar en dos Estaciones, llamadas «*busca dirección, (D. F.)*» o «*busca posición, (P. F.)*» la dirección con que a ellas llegaban las ondas emitidas por otra estación, direcciones que concurren, como es natural, al centro emisor y que, trasladadas por el dibujo sobre una carta, nos determinarían exactamente la posición en el terreno de dicha tercera estación desconocida y como consecuencia la probabilidad de batirla o conocer sus movimientos, caso de que perteneciese al enemigo o guiarla en su trayecto hacia el campo contrario, caso de que fuera una estación amiga (avión o dirigible en *raid* de exploración o destrucción con cielo nuboso corriente en aquellas latitudes).

La primera idea que vino a proveer esta necesidad fué la de aprovechar la cualidad direccional de ciertas antenas, instalando una giratoria que en su movimiento alrededor de un eje vertical fuese explorando la dirección en que, en sus teléfonos, se producía el máximo sonido, dirección que daría precisamente la en que se hallaba la estación emisora. Conocida de todos es la forma corriente de las antenas usadas en estaciones de pequeña potencia, como las de los barcos y las de campaña militares análogas a la instalada en la Base Naval de esta Isla, constituidas por dos hilos de bronce colocados paralelamente en un plano horizontal y sostenidos a cierta altura por los dos postes porta antena. En esas estaciones la emisión y la recepción están favorecidas en el sentido de la longitud de la antena por razones que no son de este lugar,

ni entran en nuestro objeto indicar, pero de las cuales podemos presentar una imagen figurada sencilla que creemos facilitará la comprensión de nuestro artículo.

Supongamos colocadas en el mar y convenientemente lastradas dos largas cuerdas mantenidas en la superficie por medio de flotadores de corcho sujetos a ellas de metro en metro y situemos las cuerdas una paralelamente a la orilla y la otra en sentido normal, es decir, esta última en la dirección que vienen las olas y la primera perpendicular a esa misma dirección y veamos lo que sucede al avanzar una de dichas olas, que no son otra cosa que ondas de movimiento en un medio líquido.

La cuerda colocada paralelamente a la orilla recibirá la impulsión de la ola a la vez en todos sus puntos y todos los flotadores o pequeñas boyas subirán y bajarán simultáneamente no sufriendo, por consiguiente, la cuerda más que una traslación vertical sin variar de forma y sin quedar sometida a esfuerzo de ninguna clase. La otra cuerda, por el contrario, va recibiendo la impulsión punto por punto y si suponemos que la ola lleva una velocidad de un metro por segundo, los diferentes corchos sufrirán una oscilación en sentido vertical, correspondiendo a segundos de tiempo sucesivos las sucesivas elevaciones y depresiones de todos los puntos de la cuerda, con lo cual esta habrá quedado sometida en toda su longitud a una vibración consecuencia de la producida por la ola en el medio en que se encuentra. Variando la dirección de la cuerda, iríamos pasando de la oscilación máxima últimamente indicada a la nula o mínima del caso primero.

Verificándose un fenómeno análogo en las antenas radiotelegráficas, que son el lugar de vibraciones producidas por el cruce con ella de las ondas emitidas por otra estación (trenes de olas sucesivas en nuestra hipérbole) se comprende que al percibir en el teléfono de nuestra estación sonidos producidos por la vibración de la antena y debidos a ondas de energía electromagnética emitidas por otro puesto, nos bastaría ir gi-

rando la antena alrededor de un eje vertical de simetría, hasta que percibiéramos el máximo o el mínimo sonido, con lo cual tendríamos la dirección del puesto emisor o la normal a esa dirección, operación que, efectuada análogamente desde otra estación, nos proporcionaría una dirección distinta y ambas, por su intersección, el sitio que ocupa la estación emisora desconocida cuya situación queremos precisar.

Ya se comprende la dificultad material de aplicar este principio tal como lo hemos descrito. Para obviar los inconvenientes que se presentaban se recorrió al sistema de Bellini-Tossi, usado con anterioridad en Francia, que responde al principio antes indicado, pero cuya constitución es diferente; en lugar de una antena giratoria tiene dos fijas, independientes una de otra y colocadas formando un ángulo de 90° , teniendo las dos las mismas dimensiones en forma de rectángulo o triángulo situados en planos verticales que se cortan según el ángulo indicado. Según lo que antes hemos dicho, si una onda llega en la dirección de uno de los planos verticales en que están contenidas las antenas, una de ellas vibrará al máximo y la otra no sufrirá perturbación ninguna o, caso de sufrirla, será con una oscilación mínima; en este caso, por consiguiente, el aparato receptor nos indicará fácilmente la dirección del puesto emisor. Pero si las ondas llegan en una dirección intermedia entre las dos de las antenas, cada una recibirá una impulsión dependiente de la mayor o menor aproximación de su dirección a la de las ondas recibidas.

Ahora bien, si estas acciones que sufren las antenas las trasladamos a un pequeño aparato, donde por procedimientos electromagnéticos podamos componer esas vibraciones que no son otra cosa que fuerzas, lo mismo que la lanza de un carruaje compone y refiere a una dirección las tracciones desiguales de los dos brutos enganchados a ella, tendremos indudablemente en la dirección del esfuerzo resultante la de las ondas que han cruzado nuestra estación, puesto que, por el mecanismo antes descrito, esa vibración del éter se había descompuesto en las dos desiguales producidas en las antenas.

Ese pequeño aparato, integrado por dos pares de bobinas fijas formando dos campos de fuerza perpendiculares que representan las dos antenas y una bobina móvil colocada en el centro de aquellas, que recibe el nombre de *bobina buscadora* o *exploradora*, es lo que ha recibido la denominación de *radiogoniómetro*, cuya composición etimológica traduce bien claramente su objeto de *medidor de ángulos*, llamándose *estación radiogoniométrica* la constituida en la forma indicada.

Las direcciones que determinan las estaciones radiogoniométricas se refieren a la línea N.-S. en las estaciones fijas y a las líneas *proa-popa* y *dirección del «fuselaje»* en los barcos y aviones respectivamente.

Conocida ya la constitución de una estación radiogoniométrica, pasaremos a describir un caso práctico de su funcionamiento, con objeto de afirmar más su comprensión. Supongamos que por la parte Norte de esta Isla se halle navegando un barco, el cual se encuentra desorientado en su ruta y no tiene elementos para determinar su situación y marcar otra nueva derrota, o bien que poseyendo en buen estado esos elementos no le sea permitido usarlos por los fenómenos meteorológicos que a su alrededor se están produciendo. Si dicho barco posee estación de telegrafía sin hilos, le será posible en todo momento hacer una llamada simultánea, solicitando su situación, a dos estaciones radiogoniométricas tales como la que se sitúe en Menorca y otra cualquiera española o extranjera que se halle dentro del alcance del barco; estas dos estaciones le contestarán inmediatamente, dándole cada una una dirección (con la línea N.-S.) determinada por el procedimiento y siguiendo el proceso que anteriormente hemos indicado, y el oficial del barco situará esas dos direcciones en una carta hidrográfica por dos rectas, partiendo de los puntos que representan las dos estaciones radiogoniométricas consultadas, rectas que se cortarán en un punto que nos dirá geográficamente la posición que ocupaba la nave en el mo-

mento de hacer la consulta. Sólo faltará corregir esa situación por lo que el barco haya navegado durante el tiempo transcurrido desde que se hizo la llamada y tendremos asegurada, con un error insignificante, la posición en el mar del vapor y aseguradas las vidas y los intereses que en su seno transporta.

Del servicio que en esas ocasiones, harto frecuentes en ciertos mares y latitudes, se puede esperar de estas salvadoras estaciones, verdaderos y perfectos faros del futuro navegante, puede dar buena fe uno de los barcos de la Compañía Trasatlántica Española, el «León XIII», que no hace aún un año estuvo en grave peligro de zozobrar, por haberle sorprendido una furiosa tempestad, que le impidió averiguar su situación y le arrastró hacia los peligrosos parajes que rodean al cabo Hatteras y de los que pudo salir y librarse gracias al auxilio de dos de las innumerables estaciones goniométricas que existen en las costas de toda la América, que contestaron a su llamada, dándole elementos para situarse y proporcionándole una senda de salvación segura.

Existe aún otro procedimiento para que una nave pueda determinar su situación en un punto cualquiera de su trayecto y no es otro que el de llevar el mismo barco o aereoplano una estación radiogoniométrica constituida análogamente a la que antes hemos someramente descrito y, *sin necesidad de hacer ninguna llamada*, escuchar sencillamente en los teléfonos los sonidos que se produzcan provinientes de estaciones que continuamente están transmitiendo servicio; y como todas las estaciones dan antes de la llamada sus iniciales (que nos dicen el punto en que están situadas) sólo resta determinar la dirección en que se reciben las ondas de dos de ellas, direcciones que, como antes hemos dicho, se refieren por el ángulo que forman con la línea proa-popa y que, por suma o diferencia, nos darán el ángulo que forman entre sí las dos direcciones, el cual, formado en un transportador especial y haciendo que los lados del ángulo pasen por los puntos que representan en la carta las estaciones escuchadas, nos determinarán en el vértice la posición del barco.

Este procedimiento tiene sobre el primeramente descrito una innegable ventaja y es que con una instalación a bordo de poca importancia, siempre que el aparato receptor sea de los modernos de válvulas amplificadoras y ultrasensibles, puede muy cómodamente hallar su situación, aún hallándose fuera del alcance de las estaciones radiogoniométricas y de que estas estén fuera también de su radio de acción; pues pudiendo aprovechar sonidos de cualquier estación, siempre podrá interceptar ondas emitidas por estaciones que, como la de Lafayette en Burdeos (la más potente del mundo actualmente), la de la Torre de Eiffel, las de Carnarvon, Poldhu, Stavanger, Nauen, etc., tienen un alcance que casi se puede considerar como completo en la Tierra, por llegar todas a comunicar con sus antípodas. Tiene sin embargo dos inconvenientes de consideración, que son: 1.º la dificultad de precisar la medida de los ángulos que se buscan, por referirse a la línea móvil proa-popa o al fuselaje en los aeroplanos, operación que ha de arrastrar gran error por la continua variación del rumbo de la nave; y 2.º el gran error que llevaría consigo el trazado de esas líneas de dirección como tales rectas, siendo como deben de ser en las proyecciones corrientemente usadas en las cartas marinas, líneas curvas nada fáciles de trazar y que, si antes las hemos substituido por rectas, es por la pequeña distancia a que trabajan las estaciones de la red radiogoniométrica internacional, que hacen sea insignificante el error cometido por tal concepto.

Con el procedimiento empleado universalmente, que es el descrito en primer lugar, adoptado en las Conferencias internacionales de Londres, se tiene la ventaja de la comodidad y precisión con que en tierra se hacen las operaciones necesarias para determinar las direcciones; pero en cambio está limitado el servicio a los barcos que se encuentren dentro del alcance de las estaciones radiogoniométricas, que suele ser pequeño (100 millas en las que se han de instalar en España). Claro es que a este inconveniente hay que oponer, y así se

hace por los Gobiernos de las diversas naciones, una gran profusión y una bien estudiada colocación de estos radiofaros. En Inglaterra, a principios de 1920, había ya instaladas 9 estaciones goniométricas cuya consulta fué gratuita en los comienzos del servicio y más tarde se fijó la tasa de cinco chelines.

En la costa oriental de los Estados Unidos de Norte América es tan considerable el número de estaciones costeras y de tal magnitud el tráfico radiotelegráfico que existe, sobre todo en las proximidades de N. York, que ha habido necesidad de instalar en esta gigantesca urbe una no menos gigantesca y complicada Estación Central, encargada de distribuir el servicio, interceptando ella sola las innumerables y continuas llamadas de los barcos que surcan aquellas aguas y encargando a una u otra de las estaciones costeras la recepción de los despachos correspondientes, según la situación de cada nave. Cuando no conoce la situación del barco, pide inmediatamente a dos goniométricas que la determinen y, conocida que es esta, da orden a la costera que más se aproxime a la nave, para que se ponga en comunicación con ella. De esta manera, con una disciplina y una reglamentación rigurosa es como únicamente se puede ir venciendo la anarquía que actualmente existe en todo cuanto se relaciona con las comunicaciones eléctricas por el éter.

Nos podemos felicitar de que tan rápidamente se haya ordenado por nuestro Gobierno la instalación de cinco estaciones radiogoniométricas y de que, para mayor abundamiento, se haya encargado a nuestra ilustre Marina de Guerra y a la competencia de su oficialidad la instalación de todas ellas, que no dudamos se realizará en un plazo breve, dadas las pruebas que ya se están realizando para comprobar la eficacia de los puntos de instalación marcados en el Real Decreto de creación de dichas estaciones.

Hagamos votos para que así suceda y que sean las iniciales de Menorca las que primeramente se oigan, para que, en

unión de la nueva estación que se ha de erigir en la Base Naval, vaya tomando esta última el incremento que por su privilegiada posición se merece, destinándose a ella las escuadrillas de submarinos y aviones que le correspondan, que nunca se encontrarán desamparadas; contando con tales medios de comunicación y seguridad.

Francisco Menoyo

Viaje de Celle a Menorca

Relato en forma de diario por J. C. F. S. de las peripecias que ocurrieron.

(CONTINUACIÓN) (*)

La guardia en nuestro navío era montada diariamente por un sargento, un cabo segundo y tres soldados, y a fin de prevenir los desórdenes que pudieran ocurrir, hacían la centinela sobre el puente, adonde nuestros soldados podían subir libremente, fumar o procurarse otras diversiones; incumbía al sargento cuidar de que el cabo segundo purificare de vez en cuando el aire de nuestras habitaciones valiéndose de una bala roja sobre la cual echaba vinagre, barriéndolas además dos veces por semana.

Aunque los cinco batallones estuvieran a bordo y creyéramos hacernos enseguida a la vela, no lo permitía el tiempo tempestuoso, o mejor, el viento contrario, pudiendo aún ver como el 7 de Octubre llegaba una fragata inglesa de 12 cañones y fondeaba muy cerca de nuestro buque. Al principio creíamos que venía para darnos escolta, pero pronto averiguamos que su objeto era tan sólo el evitar que los hambur-

(*) Véase pág. 149 de este tomo.

gueses enviases municiones de guerra a los americanos y apoderarse de las mismas en el caso de que tal cosa sucediera.

Una tempestad que sobrevino a las nueve de la noche, durante la cual el navío «*Britannia*» perdió una de sus áncoras, empezó a hacernos sentir las penosidades de nuestro viaje, pues los bruscos balanceos del buque no sólo causaron a muchos malestar y vómitos, sinó que la tormenta que hasta las seis y media de la mañana siguiente fué en aumento, la cual de vez en cuando amenazaba con nuestra pérdida, hizo que en general nos arredráramos y empezáramos a no mirar aquel viaje con la tranquilidad que muchos tal vez hasta entonces habían tenido.

Las seis y media, como ya se ha dicho, fué la hora de una perspectiva agradable, pues *Aquel* a quien el viento y el agua deben obedecer, los mandó apaciguar; y como fuera que el cielo poco a poco se despejase y siéndonos el 9 de Octubre algo favorable el viento, levó en dicho día anclas nuestra flota a la señal de un cañonazo que partió del buque insignia, haciendo rumbo al Mediodia; pero apenas llevábamos dos horas de navegación con viento mediano y estuvimos en alta mar, cuando el viento, si así puedo expresarme, empezó a soplar con una violencia de cuatro puntos de compás, pareciendo confundirnos en una noche de lluvia y neblina; así es que nos vimos obligados a virar para evitar, si aún era posible, el peligro en que, según el piloto de a bordo, ya nos encontrábamos.

Por muchos trabajos que se dió la tripulación para alcanzar la flota de Gibraltar, no fué posible conseguirlo, y siendo ya entrada la noche, fué preciso fondear a la altura de Dum, pernoctando allí.

Día 10 de Octubre, habiendo calmado un poco el viento y estando ya más tranquilo el mar, pudimos alcanzar la flota de Gibraltar, anclando en el sitio precedente.

El tiempo que si es cierto sufría algún intervalo, casi siem-

pre era rudo, tempestuoso y lluvioso, no nos daba ninguna esperanza de partir, y la monotonía que nos era forzoso llevar en la embarcación, hacía que no sólo estuviéramos descontentos de nuestra suerte, sinó también completamente fastidiados de la vida de a bordo.

El 23 de Octubre empezó a dejarse sentir un viento favorable, dándose a las diez de la mañana la señal mediante cañonazos que partieron de los dos navíos de mando; pero aún no había terminado la operación de levar anclas, cuando reapareciendo el viento, desvaneció por completo nuestras esperanzas.

Un buque que no formaba parte de nuestra escuadra partió, a pesar de serle el viento contrario, pero el 24 por la mañana hubo de arribar, aportando las tristes noticias de que el día anterior otro buque había perdido sus mástiles cerca de Heilingelandia y otro había naufragado por completo, y él mismo apenas pudo escapar de tan gran peligro.

El 25 de Octubre, fecha de la coronación de nuestro glorioso Monarca, vimos descargar a las doce del día por dos veces todos los cañones de la fragata que estaba cerca de nosotros, y estos veinte y cuatro cañonazos fueron devueltos por otros doce del castillo de Ritzbuttel; a las cinco de la tarde se levantó de nuevo una violenta tempestad que no se apaciguó hasta el 26 a las nueve de la mañana, después de haber continuado con violencia durante diez y seis horas, no causando, empero, la menor avería a nuestras embarcaciones.

No existiendo el menor indicio de que mejorase el tiempo, viendo que estábamos muy expuestos al viento en nuestro fondeadero y temerosos de nuevas tempestades, día 27 se resolvió por los jefes de las dos escuadras remontar el Elba, hasta un lugar de mayor abrigo; la fragata de que ya hemos dado noticia tomó la misma resolución, levó anclas y partió aquella misma tarde; la seguimos el 28 hasta cerca de Freybourg, situado cerca de Glückstadt, y a seis leguas de Ritzbuttel donde fondeamos, habiendo hecho lo propio la fragata el día anterior.

Continuó aún la lluvia y tempestad en los días 29 y 30 de Octubre, pero el 31 despejóse el cielo, soplando el Sur tan debilmente que apenas se dejaba sentir; el 1.º de Noviembre aumentó un poco, si bien del Sudeste, y entonces todos los navíos de la escuadra de Gibraltar y la nuestra levaron anclas, partiendo de Freybourg a las ocho y tres cuartos de la mañana con un séquito de navíos mercantes, sumacas (*) y demás embarcaciones cuyo número podía muy bien ascender a unas doscientas, las cuales durante la tempestad se habían refugiado en rios de menor caudal, esperando al igual que nosotros un viento favorable.

Si jamás pudo presentarse a nuestra vista algo atractivo y agradable, lo fué ciertamente la perspectiva que estos buques nos ofrecían, no cansándose nuestros ojos de contemplarla mientras que la luz del día lo permitió; pero a la mañana siguiente desaparecieron de nuestra vista por hacerse mar adentro y dirigir su rumbo hacia las costas de Holanda.

Aunque a nuestra salida el viento era muy débil, a la una y media de la tarde paramos a la altura de Cuxhaven, a las cinco por el punto llamado *le tonneau rouge* (el tonel rojo) y, aumentando gradualmente el viento, pasamos Heiligelandia.

El 2 de Noviembre, tuvimos el tiempo más bueno y agradable del mundo, pues aunque por la tarde se obscureció el cielo, continuó favorable el viento.

El 3 de Noviembre refrescó éste, de suerte que el 4 por la mañana llegamos al canal que separa Francia de Inglaterra; el navío Briton había desaparecido de nuestra vista; apercibimos Inglaterra a la derecha; y a la izquierda, bastante más lejos, la Francia. A las ocho y media vimos de lejos la villa inglesa de Deal, poco después se presentó con bastante detalle el castillo de Dover, lo cual nos agradó mucho; lo pasamos hacia las doce de la mañana, divisando poco después la ciu-

(*) Embarcación de cabotaje de la costa del Brasil con dos palos, aparejado de polacra el de proa y de goleta el de popa.—P. Riudavets. «Catálogo de voces de Marina etc.» a continuación de «Elementos de construcción de velas». Madrid 1860.—(N. del T.)

dad de la cual tomó su nombre. A la una y media navegábamos a la altura de Foolston, Motebotch y Ramsgate, y a las tres y media, frente Dungeness.

Hacia la tarde vimos un punto que los marineros dijeron ser Fairley, y más adelante, un cabo al cual dieron el nombre de Beachyhead.

Habiendo consumido toda la cerveza de a bordo, confiábamos ir a Portsmouth para aprovisionarnos de nuevo; pero el viento que nos era en favor fué causa de que nuestra esperanza fuera ilusoria, pues supimos el 5 por la mañana que habíamos pasado frente aquel puerto dos horas antes de medianoche, teniendo que contentarnos con ron y agua para la bebida. Aquel día el «Henry» se alejó de nosotros, pero como la escuadra de Gibraltar había tomado distinto rumbo, sospechamos que dicho buque y el «Briton» se reunirían a ella.

El 6 por la mañana supimos por nuestros tripulantes que a media noche habíamos pasado frente a Plymouth. El viento continuaba siéndonos favorable, pero el tiempo se puso oscuro y lluvioso.

Siendo día 7 el viento bastante débil, el cielo sereno y el tiempo bello y agradable, dejó notarse que ya estábamos en clima más cálido.

El 8 fué otra vez oscuro y lluvioso; soplaba muy suavemente el viento, dejándose sentir apenas.

Por la mañana del 9 éste nos fué algo más favorable, variando el tiempo, pero por la tarde volvió a amenguar.

A las dos de la madrugada del día 10 oímos el ruido de un cañonazo que partió del buque insignia, notando al propio tiempo como exponía dos linternas colocadas por encima una de la otra; todo esto nos sorprendió mucho y como quiera que el viento aumentase, el tiempo estuviera lluvioso y el mar irritable, recelamos que fuese esto una señal anunciándonos una próxima tempestad; pero los marineros nos aseguraron que ésto no era más que un aviso nocturno para desviar nuestra ruta, a causa del viento que nos era contrario por completo

y que obtendríamos de ello ventaja si éste tenía que durar algo más.

Aunque todo lo que nos manifestaron se realizó, puesto que viramos en seguida hacia la derecha o sea al Norte, el día 11 a las nueve de la noche hacia la izquierda, el 13, a las cinco de la mañana, una vez más hacia la derecha, y a las ocho de la noche del 15 de nuevo hacia la izquierda, nuestro temor de una tempestad no fué del todo infundado, pues el tiempo tempestuoso no sólo duró hasta el 14 de Noviembre, sino que el 13 fué tan furioso el vendaval y el mar tan irritado que dos o tres marineros tuvieron que aunar sus fuerzas en el timón para evitar, en lo posible, las terribles olas que a cada instante barrían nuestro navío, las que parecían presagiarnos la muerte.

Por muy grande que fuera nuestro peligro, no nos impedía observar los demás buques de la escuadra, de los cuales amenudo sólo podíamos ver las puntas de sus mástiles, y ésto durante minutos enteros; también de vez en cuando desaparecía el buque por completo, aunque sólo estuviese a dos o trescientos pasos de distancia; al «King George» y al «Beverley» los perdimos de vista por completo.

Juan Flaquer Fábregues

(Continuará)



Adiciones al "Catálogo de aves observadas en Menorca"

DESPUÉS de la publicación de este trabajo, hemos tenido ocasión de clasificar las siguientes especies, que forman parte de la colección ornitológica que se halla depositada en el Ateneo y cuya descripción fué objeto del expresado Catálogo.

ORDEN ACCIPITRES

FAMILIA FALCONIDÆ

Milvus niger Briss.

ORDEN PASSERES

FAMILIA CERTHIDÆ

Tichodroma muraria. Illig. ex Linn.

FAMILIA CUCULIDÆ

Oxyloptus glandarius Degl. et Gerba.

FAMILIA FRINGILLIDÆ

Emberiza cirius L.

Emberiza citrinella L.

FAMILIA TURDIDÆ

Turdus aureus. Hollandre. (*)

Pratincola rubetra. Koch.

Curruca conspicillata. Boie.

FAMILIA PHYLLOPNEUSTIDÆ

Regulus ignicapillus. Licht.

FAMILIA MUSCICAPIDÆ

Muscicapa nigra. Briss.

ORDEN GRALLE

FAMILIA CHARADRIDÆ

Hæmatopus ostralegus. L.

FAMILIA SCOLOPACIDÆ

Pelidna cinclus. Bp. *Pelidna torquata*.

(*) El *Turdus aureus*, especie del Asia central y septentrional, es la *rara avis* de Europa. Acerca de ella dimos algunos detalles en el BOLETÍN núm. 65, correspondiente al 21 diciembre de 1911, época (noviembre) en que se efectuó la captura del precioso ejemplar existente en nuestra colección.

Muy pocos son los Museos de Europa que posean el *Turdus aureus*, resultando de las investigaciones practicadas recientemente que no lo tienen los de Madrid y Barcelona, ni hay noticia de que exista en España ningún otro ejemplar.

FAMILIA CICONIDÆ

Ciconia alba. Willugh.

ORDEN PÁLMÍPEDES

FAMILIA PROCELLARIDÆ

Thalassidroma pelagica. Selby.

FAMILIA LARIDÆ

Larus minutus. Pall.

Sterna Anglica. Montagu.

Hydrochelidon hybrida. C. R. Gray.

FAMILIA COLYMBIDÆ

Colymbus glacialis. L.

Mauricio Hernández

— • • —

Bibliografía

Ofrenda muy agradecida por el Ateneo ha sido la del pequeño volumen de Suriñac Senties, *El Tresor dels pobres y altres contes de consol, estimul i dignitat per als nois de condició humil*, colección de cuentos, como su título indica, que cierra uno educativamente ingenioso de Enrique de Fuentes y va toda ilustrada con artísticos dibujos de Juaneda. Ha sido editada este año en la imprenta de Fidel Giró, Barcelona.

Obra de moralidad absoluta, ofrece para la niñez tal sentido pedagógico y de alivio para el espíritu de la mayoría de los niños, que puesto en manos de la infancia, seguramente realizará una misión social de valor inestimable.

Nos place hacerlo constar y celebramos el acierto del autor y de los editores, al dar a la estampa obra de tal oportunidad y de tan cautivadora sencillez.

R.

Tratándose de una obra del ateneista de mérito Rdo. D. José Juaneda, dedicada a la profesión temporal en Nuestra Señora de la Consolación (Jesús, Tortosa), de Sor María de la Asunción Clapés Ferrer, también socio de mérito del Ateneo, puede comprenderse el gusto con que hemos leído el *Sermón* que pronunció en la ocasión citada nuestro ilustrado consocio y paisano. Y la lectura nos ha satisfecho, como satisfará a todo el que pueda llevarla a cabo, porque a las excelentes condiciones de documento propio de la oratoria sagrada, une para los menorquines el elogio justo y sentido de nuestra Isla, asociada a la solemnidad religiosa por un espiritual encadenamiento de ideas que traza el orador, dando muestras de bella inspiración. Felicitamos a éste y felicitamos a la novicia y celebramos que la galantería del primero, dedicando un ejemplar al Presidente de este Ateneo, nos permita conocer el trabajo de referencia.

R.

* * *

Hemos recibido y agradecido la «*Guía de la Administración municipal de Palma*» para el bienio de 1920-22, obra que con constancia publica el ilustrado cronista de la Universidad y Reino de Mallorca D. Benito Pons Fábregues. Es un trabajo de valor estadístico e histórico hecho a conciencia y por el que merece plácemes el autor que, además, presta un apreciable servicio a cuantos hayan de relacionarse con la administración municipal de la capital del Archipiélago. En el libro que nos ocupa figuran los datos relativos a la población y censo electoral de Menorca y en la relación de cuadros existentes en el Ayuntamiento de Palma se incluyen los retratos del toxicólogo Orfila, el Mariscal de Campo D. José Colubi y el historiador Quadrado, menorquines ilustres.

R.

